

JOHN RUSKIN, *Sésamo y lirios*, ed. de J. Alcoriza, Cátedra, Madrid, 2015, 256 pp, ISBN: 978-8437634500.

Publicada originalmente en 1865, la edición de *Sésamo y Lirios* aparece ahora por primera vez íntegramente en español acompañada de los tres prefacios (1865, 1871, 1882) que el autor antepuso a las tres conferencias que componen debidamente el libro. Más literarias que filosóficas, en la primera conferencia, titulada *De los tesoros de los reyes*, la elección de las palabras, o la expresión de la escritura, no resulta menos ejemplar que la recepción, o el arte de leer, de un público en su mayor parte femenino, ansioso de conocimiento, al que Ruskin se dirigiría como si se tratara del clásico lector común, o poco común, en relación con todo aquello que puede ser dicho y entendido, lo que señala una virtud y una desventaja. De manera similar, la lectura de Milton y de la Biblia constituye en sus páginas una fuente de sabiduría verdaderamente inagotable o una corriente propia de pensamiento, permanentemente fluida y diversa, que puede equipararse al énfasis explícito de Ruskin en la conducta de la vida cuya expresión, desde el primer momento, sirve para dar sentido, más allá del principio del placer, a la educación del individuo. ¿Para qué sirve entonces la literatura? ¿Por qué hemos de leer? ¿Hay un arte de leer que puede ser aprendido? ¿Cuál es la función de escribir, y dar conferencias? Más allá de los límites de la experiencia, en ocasiones no menos difusos que la grave solemnidad de la inocencia, Ruskin nos recuerda de una manera objetiva, y consciente, el fin de los libros. Los libros revelan su propia teoría de los libros por la que deben ser juzgados teniendo en cuenta que hay libros sagrados que no debemos juzgar, sino fundamentalmente aprehender. Su argumento es sencillamente hermoso. Creo que no sería un error incluir a Ruskin, más allá de su cualidad poco reconocida como humanista, denunciada por el editor por otra parte, entre los reformadores o verdaderos representantes de la civilización. En la segunda conferencia, titulada *De los jardines de las reinas*, aparte de un elocuente excursus sobre los personajes de Shakespeare, con el que para Ruskin solo puede compararse Walter Scott sin abandonar Europa, hay una apología de la mujer considerada como la que “vigila, enseña y guía al joven” o, en definitiva, en calidad de heroína. La mujer se caracteriza sobre todo por su poder de decisión y su alta capacidad para gobernar, aunque tiene la obligación de “extender los límites de su simpatía” (p. 170). La extensión de los límites de la simpatía podría ser, a mi juicio, una definición perfecta para la educación. En todo caso, el papel siempre civilizatorio de la mujer es, o debe ser, revitalizante. (Merece la pena apuntar por lo demás que Ruskin no menciona a la Diotima de Sócrates a lo largo de *Sésamo y Lirios*.) Es evidente que el lector de

Ruskin puede llegar a confundir la conferencia con el sermón y, pensando en el autor, lo que no sería en absoluto desacertado, la profecía con la traducción. En calidad de profeta o visionario moderno, ha de reconocerse que las palabras dicen más que el peso que soportan y su significado reside a menudo en aquello que no estamos dispuestos a decir, incluso a escuchar. Por ello, las palabras se traducen a sí mismas de la misma manera en que los libros conforman su interpretación, su aspiración más noble. En la última conferencia, titulada *El misterio de la vida y sus artes*, Ruskin se refiere precisamente a la dificultad ante “la desgracia de disponer mis palabras a veces hermosamente juntas” (*the misfortune, to set my words sometimes prettily together*; p. 189), lo que no implica el mismo interés en el significado que en las palabras. Aquí el arte de escribir se entremezcla amablemente con el del conferenciante. El magisterio ilimitado de Homero; la intensa visión de Dante de la que es un reflejo; la sabiduría mundana de Horacio; la pintoresca artificiosidad de la invención de Milton con la caída de los ángeles; el alcance imperativo de la naturaleza intelectual de Shakespeare, desfilan por sus páginas con la solemnidad más profunda del amanecer que queda resuelta eficazmente, paradójicamente, en el misterio de la vida. El misterio de la vida es, en el fondo, irremediablemente, la trascendencia, aquello que estamos dispuestos a esperar, como cualquier lector, que transforme nuestra circunstancia, lo que solamente Dante y Milton, en calidad de poetas y “representantes supremos” de la sabiduría de la humanidad, habrían desvelado para nosotros. Ruskin no evitaría expresar su desánimo, en referencia a la promoción personal de la pintura de Turner, ante “la inutilidad de hablar de aquello que la gente no podía ver por sí misma” (p. 192), que caracteriza el espíritu inglés victoriano. El genio irlandés es, sin embargo, un benefactor de las artes. La metáfora privilegiada ruskiniana, por decirlo así, de “el misterio de la nube”, no solo en su evanescencia, nos revela el misterio de la brevedad de la vida, una existencia literalmente pasajera cuyo poder manifiesta la tendencia del alma humana hacia el bien. Pero “del arte no se debe hablar” porque “en el momento en que un hombre puede realmente hacer su trabajo se vuelve mudo sobre él”. Tal es así que “todas las palabras se vuelven ociosas para él, y todas las teorías” (p. 211). El arte no es entonces la solución a la crisis perpetua de la existencia, sino que organiza la mirada o la visión en la que la vida se nos muestra en calidad de espectadores que, más o menos de un modo estoico, tratamos de vivir mientras tratamos con la vida.

Cualquiera que sea nuestro puesto en la vida, en esta crisis, aquellos de nosotros que queramos cumplir con nuestro deber debemos primero vivir con tan poco como podamos; en segundo lugar, hacer todo el trabajo saludable por ello que podamos, y gastar cuanto podamos reservar para hacer todo el bien que podamos.

Y el bien es primero alimentar a las personas, luego vestir a las personas, luego alojar a las personas y, por último, deleitar debidamente a

las personas con las artes o las ciencias o cualquier otro tema de pensamiento (p. 228).

Tanto la escritura como la conducta de la vida de Ruskin, en cada aspecto servicial, doméstico y universal que contiene, lo que podría llamarse también la conducta de la escritura, consistían en atender el principio del amor desatendiendo la voluntad de poder, evitando anteponer el púlpito a la persona, el predominio del “impersonalismo”. Lo que no es sino una variación de la conversación que reproduce la república de las letras en que nuestro “puesto en la vida” —a través del conocimiento y el placer, la inferioridad de la teoría con respecto a la práctica, la apología de la caridad como virtud suprema— se resuelve trascendentalmente, en una muestra de valentía, en la búsqueda de “una felicidad incorruptible y una religión infalible” alejadas de la soledad del alma. El lector de Ruskin sabe que la vida es un milagro.

Antonio Fernández Díez